

HIDALGO.- De situaciones peores he salido. Nunca debemos arrepentirnos de nuestros impulsos, cuando son generosos y buenos. ¡Dios proveerá!

*El Fraile se despierta sobresaltado, víctima de alguna pesadilla, y turbia aún la consciencia por el vino trasegado, exclama: ¡La carne! ¡La culpa es de la carne!*

*El soldado duerme todavía, hecho un pingajo. El Hidalgo otea el horizonte. Allá lejos se divisa una caravana que se acerca. Y sobre la extensa, monótona e interminable llanura, las aspas de los molinos comienzan a moverse, como bostezos de gigantes.*

Febrero 1.988

## LISI

*Año de gracia de 1.644. En la Torre de Juan Abad, pese a la templada vecindad de Sierra Morena, Don Francisco confiesa que le duele el habla y le pesa la sombra. Y escribe, él que nunca tuvo miedo a la muerte:*

*Ya formidable y espantoso suena  
dentro del corazón el postrer del día;  
y la última hora, negra y fría,  
se acerca, de temor y sombras llena.*

*Hace frío. Un frío intenso, cortante como puñal de hielo ártico. Arropado con mantas en su sillón, próximo al fuego, no consigue vencer el firitar de su maltrecho cuerpo. Ordena que aviven la lumbre, y las llamas se elevan y estiran inquietas, como queriendo escapar por el negro agujero de la chimenea. En el rostro siente el calor irradiado y tiene que cerrar los ojos miopes casi deslumbrados. Pero la frialdad interior no desaparece; es como si un río gélido corriera por sus venas.*

*Con estoicismo trata de dormir algo, para olvidar males, siquiera sea por breves momentos. Pero no lo consigue. La mente se encuentra ágil y clara, la memoria pronta, eficaz, y el espíritu todo, como en sus mejores tiempos, rebelde e indomable, se niega someterse a las limitaciones y miserias corporales; por ello tira de los recuerdos de pasados días, de instantes especialmente gratos, de aventuras vividas por a aquél que fue: Desfilan, así, el Colegio de Jesuitas, la Universidad de Alcalá, los primeros versos, la Corte, la época de esplendor con*

el Virrey de Nápoles, la fracasada conspiración veneciana, que le obliga a escapar a base de ingenio y disfraces... Todo en tumulto, sin orden cronológico, pero vivo y fresco como si acabara de ocurrir. También las persecuciones, la difamación de los envidiosos, las diatribas de los resentidos, las puyas de los enemigos... Alarcón, Góngora, Niseno, El Conde-duque., el bravucón Pacheco, aparecen y se esfuman como fantasmas.

El ama le trae una taza de humeante caldo. Don Francisco, con desgana, lo toma, pero al poco rato se siente reconfortado y le embarga un agradable sopor. Cierra los ojos y escucha el adormecedor crepitar de los leños al quemarse. Así pasa el tiempo sin pensar en nada, como si la dolorida carne se hubiera desmaterializado y la mente quedado en blanco... Hasta que una voz extraña le vuelve a la realidad. Frente a él una figura borrosa se halla de pie observándole. Como no consigue identificar al visitante, se coloca los lentes, que tan característicos y conocidos ha hecho, como consecuencia de su miopía

No reconoce al individuo. Por su aspecto, lo mismo puede ser un pedigueño, un truhán o un hidalgo venido a menos. Lo que sí descubre en él, en su sonrisa, es una cierta desenvoltura y socarronería de hombre corrido y aventurero.

DON FRANCISCO.- ¿Qué desea? ¿Le conozco?

DON PABLOS.- ¿Tan cambiado estoy, don Francisco?

DON FRANCISCO.- La verdad es que no me siento bien y algo falla la memoria con la edad. Pero sí, le encuentro cierto aire familiar.

DON PABLOS.- ¡Y tanto...! Soy hijo suyo.

Don Francisco da un respingo en el sillón y mira perplejo al visitante.

DON FRANCISCO.- No seré yo quien dude de mi propia virilidad ni niegue haber tenido frecuentes contactos amorosos, pese a mi fama de misógino; pero estoy seguro, hasta donde puede estarse en asuntos de tal naturaleza, de que existe un error por su parte o es una broma de mis enemigos.

DON PABLOS.- Ni error, ni broma. Usted me engendró y, por tanto, es mi padre. Ahora bien, los seres no sólo se engendran, aunque sea lo habitual, por actividades de cintura para abajo, entre gemidos de placer.; también se gestan en el cerebro y su parto no es menos doloroso y gozoso.

DON FRANCISCO.- De mal cristiano es burlarse de un viejo, achacoso y enfermo, que en cualquier instante puede pasar a mejor vida. Yo, que me he reído de tantas cosas, nunca hubiera sido capaz de semejante acción.

DOS PABLOS.- No me burlo, Don Francisco. Soy obra y hechura suya. ¿No se acuerda de Don Pablos, el buscón? ¿Usted me dió a la luz y, desde entonces, vago por esos mundos.

El anciano se pasa la mano con torpeza por la frente, en un gesto de comprobación de su estado febril. Cree que delira, pese a la presencia indudable de aquel extraño.

DON FRANCISCO.- ¡No puede ser! O me estoy volviendo loco, o debo encontrarme muy grave.

DOS PABLOS.- ¿A dónde fue su espíritu valeroso y su capacidad retadora?

DON FRANCISCO.- Siempre he sido realista.

DON PABLOS.- Pero de un realismo que en el futuro calificarán de mágico o fantástico. ¿No lo son, acaso, aquellos sus Sueños? En ellos critica acciones y miserias existentes, verdaderas, pero en un ambiente o situación fuera de la realidad. Acepte, pues, el hecho de que me encuentre aquí, junto a usted, sin cuestionar si es cierto o no, y charlemos como viejos amigos.

D. Francisco se rasca la barbilla dubitativo. Mas a su inteligencia ágil, burlona, se le presenta el suceso, aunque insólito, como algo atractivo.

DON FRANCISCO.- ¿Qué importa la certeza o falsedad de lo que ocurre? Tiene razón, hablemos.

DON PABLOS.- Este es mi Don Francisco.

DON FRANCISCO.- Siéntate junto al fuego.

Don Pablos se acomoda en otro sillón, después de desprenderse de la raída capa. Tras unos minutos en que ambos se observan sin decidirse a iniciar el coloquio, el Buscón rompe el silencio.

DON PABLOS.- Pues comenzaré con un reproche. Usted conocía mi carácter -¡no iba a conocerlo!- y mis aspiraciones, que no se acomodaban a la condición en la que me situó.

DON FRANCISCO.- Las propias de un pícaro.

DON PABLOS.- ¡Por Dios!. Me hace hijo de una bruja y de un ladrón cornudo. Para mi el descubrimiento de ello, fue un golpe bajo traumatizante.

DON FRANCISCO.- No olvides que sus actividades eran artes liberales...

DON PABLOS.- Esa fue la justificación que usted puso en labios de mi padre, pero con sorna y excesiva guasa. Para colmo, la carta de mi tío, el verdugo, ponderando la hombría de mi progenitor en el patíbulo, es de antología. ¡Se pasó usted, Don Francisco!

DON FRANCISCO.- Solo pretendía hacer reír mediante la caricatura de un lado de la vida.

DON PABLOS.- Usted siempre tuvo una acusada inclinación a retratar y deformar aspectos poco ejemplares del mundo.

DON FRANCISCO.- En eso no te falta razón.

DOS PABLOS.- ¿Y obedecía a algún motivo especial?

DON FRANCISCO.- Porque existen muchas cosas que no me gustan; porque no puedo soportar la estupidez, la maldad, la avaricia, la hipocresía; porque me repugnan quienes se fijan como metas de sus vidas el medro ruin a cualquier precio; porque me asquean aquéllos que no respetan la dignidad ajena, ni valoran la propia; porque odio la crueldad inútil y me parece perverso el abuso de poder...

DON PABLOS.- Don Francisco, que usted también tropezó.

DON FRANCISCO.- Nunca he dicho ni me he vanagloriado de ser modelo a imitar. Soy hombre y tengo mis defectos. Pero procuro, en el zigzagueante caminar que es la vida, mantener una línea lo más recta posible, un cierto equilibrio, a pesar de las dificultades de mis piernas y limitaciones de mis vista. Practico un humano estoicismo senequista.

DOS PABLOS.- Por ahí no se habla muy bien de usted. Y las ideas que acaba de exponer, se contradicen con sus duras y crueles diatribas contra algunos personajes.

DON FRANCISCO.- Antes lo hicieron ellos conmigo. Además, no debe extrañarte ninguna contradicción, porque vivir es un suceso contradictorio en sí mismo. Pero si observas con detenimiento, en mis descripciones de pícaros y de sus aventuras, nunca hay acritud y sí conmiseración, y hasta cierta comprensión de sus acciones, las mas obligadas por las circunstancias. Les doy relieve y tal vez vivaz colorido para que resalten y, por contraste, puedan verse otras facetas de la realidad.

DON PABLOS.- No estoy muy seguro.

DON FRANCISCO.- Donde encontrarás dardos venenosos es cuando tropiezo con la maldad y la hipocresía; cuando descubro comportamientos injustificables de advenedizos o auténticos truhanes, sobre todo en la clase social que debiera ser ejemplar.

DON PABLOS.- ¿Y las mujeres? ¿Qué le hicieron para que las maltrate?

DON FRANCISCO.- No las distingo de forma singular respecto a los hombres.

DON PABLOS.- ¡Vamos!

DON FRANCISCO.- No lo dudes. Otra cosa es que, cuando me refiero a ellas, a algunas en especial, refleje también sus defectos.

DON PABLOS.- Demasiado.

DON FRANCISCO.- Mi espíritu es crítico. No puedo evitarlo.

DON PABLOS.- ¡Como que siempre subraya lo malo!

DON FRANCISCO.- Tampoco me duelen prendas para alabar a quien se

lo merece. No tengo culpa de que mi época y mis coetáneos no destaquen por sus virtudes. Quiero a mi país y a sus gentes y me hiere la cuesta abajo en que nos hemos precipitado como nación y como individuos singularizados. Parece como si hubiésemos perdido la capacidad para crear nobles ideales y realizar grandes acciones.

DON PABLOS.- Volvamos a las mujeres. ¿Cómo cayó, tan avanzada su vida, en el vituperado matrimonio?

DON FRANCISCO.- Todos cometemos errores.

DON PABLOS.- Pero la conspiración mujeril eran tan evidente...

DON FRANCISCO.- Rectifiqué a tiempo y volví a mis modos de vida. Apenas unos meses...

*Don Francisco trata, sin disimulos, de desviar el tema. Nuevamente le invade un frío intenso e insoportable y, después, un sofoco que le hace sudar. Los lentes se le escapan y caen al suelo, pero no tiene fuerzas ni ánimo para recogerlos. Y es, entonces, cuando como una imprevista explosión, irrumpe en la breve estancia, sin orden ni respeto, una multitud heterogénea y abigarrada que lo llena todo y danza junto al enfermo. Con su visión turbia por la fiebre y corta por la miopía, intenta averiguar qué ocurre y qué clase de mascarada es aquélla.*

*La algarabía es atronadora y desconcertante. En torno al anciano giran, se empujan y gritan los mas extraños seres, increpándole y maldiciéndole.*

*-Yo soy el alguacil endemoniado, ¿me reconoces?*

*-De mi poesía te reíste porque, al escribir "escudos, hice sin más ni mas siete maridos, con honradas mujeres ser cornudos", por exigencia de la consonante. ¿Qué te hicimos los poetas?*

*- ¿Y los sastres, cojo loco?*

*- ¿Y los alquimistas?*

*- ¿Y los médicos?*

*- ¿Y los jueces?*

*- ¿Y los taberneros?*

*- ¿Y los escribanos?*

*- ¿Y los maestros de esgrima?*

*- ¿Y los boticarios?*

*- ¿Y los cocheros?*

*- ¿Y los zapateros?*

*- ¿Y los pasteleros?*

*- ¿Y los zurdos?*

*- ¿Y los barberos?*

En la infernal letanía interminable, tipos de todas clases se encaran con él, casi agrediéndole, en tanto le disparan con desprecio y rencor, soeces insultos. Y no son pocas ni más amables las mujeres, representadas por un amplio muestrario que va desde la ramera callejera y harapienta hasta la dama remilgada, pasando por celestinas, remendadoras de virginidades, brujas, ladronas, adúlteras...Y todos dirigidos, como en un concierto, por sus mas enconados enemigos: Góngora, Alarcón, El Conde Duque...Mareado por aquel tumulto, -más bien rebelión-, de tanto personaje satirizado y ridiculizado en sus obras, Don Francisco cayó en un liberador desmayo.

Cuando volvió en sí, tal vez como consecuencia del húmedo y fresco paño que el ama había colocado sobre su frente, todo había pasado. La habitación estaba vacía. El silencio únicamente era roto por el chisporrotear de la leña mojada al ser lamida por el fuego.

AMA.- ¿Se encuentra mejor, señor?

DON FRANCISCO.- ¿Y Pablos?

AMA.- ¿Qué Pablos?

DON FRANCISCO.- Nada, nada. Sí, estoy mejor. He debido soñar.

AMA.- Menudo susto he pasado al verlo inconsciente.

DON FRANCISCO.- Gracias, ama. Ya ha pasado todo.

Sale el ama. Don Francisco queda pensativo. Recuerda la pesadilla como si hubiera sido un hecho real. Una tristeza infinita, una desgana casi suicida - a él, que tanto valor demostró al encararse con el mundo y con las gentes-, se apodera de su alma. No le importa morir. La muerte es el término natural de la vida. Sin embargo le molesta o, mejor, le duele que le conozcan y le juzguen tan mal.

DON FRANCISCO.- ¡Que lamentable incapacidad tenemos los hombres para conocer a los demás! Se me ve como empedernido burlón, como espíritu sarcástico, cuando en mis escritos sobresale un afán moralizador...No siempre el sermón pesado y aburrido es la mejor predicación; la caricatura, el ridículo, manejados con maestría, tienen mayor fuerza persuasora. La prueba se halla en mis obras serias, que nunca se han leído tanto como las satíricas...También me acusan de misógino...¡Que estupidez! ¡A mí, que he amado tanto y sin esperanzas!. Si sabré que el amor

"es hielo abrasador, es fuego helado  
es herida que duele y no se siente",  
cuando de manera tan constante e intensa ha desvelado mis noches y desasosegado mis días...

Enmudece. A su mente llega el recuerdo de aquella mujer, de "crespas

hebras, sin ley desenlazadas", adorada durante tantos años. Ni sus aventuras napolitanas, ni sus triunfos, acreditados por las envidias que provocaron, ni las persecuciones, ni los destierros, ni las cárceles, lograron cubrir de olvido aquel amor. Hubiera dado la vida por una sonrisa, por una mirada, por un gesto de correspondencia...Aún en estos momentos postreros, su atrayente figura, nítida en la memoria, le produce dulce e inquietante emoción. ¡Oh Lisi, Lisi! Y con un hondo suspiro, murmura apenas

"si mis párpados, Lisi, labios fueran,  
besos fueran los rayos visuales  
de mis ojos..."

Se estremece y no de frío. Una sonrisa, entre amarga, triste y resignada, se dibuja en sus labios.

Abril 1.988